



El tiempo pascual

Es un tiempo litúrgico de cincuenta días para celebrar la triunfante resurrección del Señor. Comienza el domingo de Resurrección y termina el domingo de Pentecostés. Estos días «se han de celebrar con alegría y júbilo, como si se tratara de un solo y único día festivo, más aún, como un gran domingo» (Normas del Año Litúrgico, 22).

La resurrección de Jesús es la verdad central de nuestra fe. Para conocer mejor este acontecimiento, que ha dejado su huella en la historia y la ha trascendido, vamos a acudir al Nuevo Testamento, que es la fuente principal.

El testimonio de los Apóstoles

Jesús, al comienzo de su vida pública, eligió a doce para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar (cf. Mc 3,14). Ellos fueron testigos de sus palabras y de sus milagros. Pero su pasión y muerte en la cruz los dejó desconcertados, y las esperanzas mesiánicas que habían puesto en Él se derrumbaron; por eso, cuando, el primer día de la semana, María Magdalena y las otras mujeres les trajeron la noticia del sepulcro vacío y de su resurrección, ellos no las creyeron; la experiencia de la pasión había sido demasiado fuerte como para dejarse convencer, poco después, por fantasías e ilusiones (cf. Lc 24,10-11).

Más tarde, al anochecer de aquel día, el primero de la semana, Jesús se apareció al grupo, pero faltaba Tomás y, cuando llegó, sus compañeros le dijeron: «“Hemos visto al Señor”». Pero él les contestó: “Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo”. A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús,

estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: “Paz a vosotros”. Luego dijo a Tomás: “Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente”. Contestó Tomás: “¿Señor mío y Dios mío!” Jesús le dijo: “¿Porque me has visto has creído? Bienaventurados los que crean sin haber visto”» (Jn 20,24-29).

Jesús, además de mostrarles sus llagas y comer con ellos, también les abrió el entendimiento para que pudieran comprender lo que se refería a Él en la Sagrada Escritura, y les dijo: «“Era necesario que se cumpliera todo lo escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y Salmos acerca de mí”... “El Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos”» (Lc 24,44-47).

Con las apariciones de Jesús Resucitado la evidencia se impone: el Maestro, está vivo; pero su cuerpo, aunque conserva las huellas de la pasión, ya no está limitado por las leyes del espacio y del tiempo, pues es un cuerpo glorioso y como tal puede entrar en los lugares con las puertas cerradas, aparecer y desaparecer (cf. Jn 20,19). También es libre de hacerse presente como quiere. Por ejemplo: bajo la apariencia de un jardinero (cf. Jn 20,14-15), o de un caminante (cf. Lc 24,15) para suscitar la fe de sus discípulos.

El evangelio nos muestra como signos de la resurrección de Cristo: el sepulcro vacío y, sobre todo, el testimonio de aquellos que lo vieron resucitado. En primer lugar se apareció a María Magdalena y a las mujeres que la acompañaban (cf. Mt 28,8-10), después se apareció a Pedro y a los demás Apóstoles, luego a más de quinientos hermanos juntos y finalmente a Pablo (cf. 1Cor 15,5-8). La última vez que se apareció a los

Apóstoles, antes de ascender a los cielos, les dijo: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28,18-20).

La fe en la resurrección



La Resurrección de Jesús es la verdad culminante de nuestra fe en Cristo. Fue predicada por los Apóstoles, creída por la primera comunidad cristiana, establecida en el Nuevo Testamento, y transmitida como fundamental por la Tradición viva de la Iglesia (cf. CCE, 638).

La resurrección de Cristo es el fundamento de nuestra fe y esperanza. Pablo tiene esto presente cuando dice a los cristianos de Corinto: «Si Cristo no ha resucitado, nuestra predicación carece de sentido y vuestra fe lo mismo» (1Cor 15,14). «Pero Cristo ha resucitado de entre los muertos y es primicia de los que han muerto... del mismo modo que por Adán murieron todos, por Cristo todos volverán a la vida» (1Cor 15,20-22).

La consecuencia más importante de la resurrección del Señor es nuestra futura resurrección. La fe en el Resucitado transforma nuestra existencia: la libera del miedo a la muerte y le da la esperanza de la Vida eterna.

Cristo resucitado está con nosotros, nos ofrece su palabra, nos da su gracia en los sacramentos y nos acompaña en nuestro caminar hacia la Patria celestial.

El Bautismo



Por el sacramento del Bautismo participamos de la muerte y resurrección de Cristo para renacer a

una vida nueva como hijos de Dios y miembros de la Iglesia (cf. Rom 6,3-4).

El Apóstol Pablo exhorta a los bautizados a vivir como “hombres nuevos”, por eso dice: «Si habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra» (Col 3,1-2). Pero, para buscar “los bienes de arriba”, debemos abrirnos a la gracia de Dios, a su Palabra y a sus sacramentos, especialmente a la Reconciliación y a la Eucaristía.

La Eucaristía



La Iglesia, siguiendo una tradición que tiene su origen en el mismo día de la resurrección de Cristo, celebra el Misterio Pascual, cada ocho días, en el "día del Señor" o domingo. En este día, los fieles deben reunirse para escuchar la palabra de Dios y participar en la Eucaristía. El domingo es fiesta de guardar y de liberación del trabajo (cf. SC 106).

Jesús resucitado, vencedor del pecado y de la muerte, está realmente presente en la Eucaristía. En ella, los que están preparados, reciben en la comunión el Cuerpo de Cristo, prenda de la gloria futura (cf. Jn 6,54).

La fe en la resurrección nos permite contemplar con una mirada nueva la existencia humana sabiendo que la última palabra ya no la tiene la muerte, sino la vida. Estamos llamados a resucitar. ¡Tenemos futuro! Lo mejor está por llegar.

Anunciemos, pues, la gozosa noticia de la resurrección de Cristo a los que lo buscan, a los que dudan, a los que no creen... y que el Señor nos conceda perseverar en el camino del bien, para que, cuando nos llame, nos encuentre dignos de su Reino, y podamos gozar de su presencia, en compañía de la Virgen María y de todos los santos.

La cincuentena pascual



El cirio pascual representa a Cristo Resucitado, “luz del mundo”. Durante el tiempo pascual se coloca en el presbiterio, cerca del altar o del ámbón.

La aspersión con agua bendita se puede hacer en las misas dominicales del tiempo pascual, sustituye el “acto penitencial” y nos recuerda el Bautismo.

El color blanco simboliza pureza, fiesta y alegría. En el tiempo pascual se usa en los ornamentos litúrgicos para celebrar la resurrección del Señor.

Las flores que adornan el altar crean un clima de fiesta y alegría por la gloriosa resurrección de Cristo.

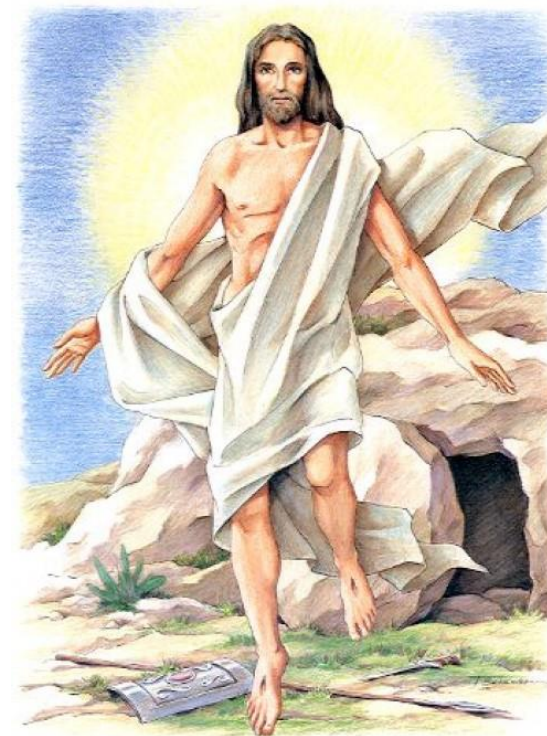
Los cantos son siempre alegres. Entre ellos destaca el **Aleluya**, que es una invitación a alabar al Señor por su triunfante resurrección y por la nueva vida que nos da.

Los sacramentos de la iniciación cristiana (Bautismo, Confirmación y Eucaristía) se celebran preferentemente durante la cincuentena pascual. Por medio de ellos el creyente queda unido a Cristo, incorporado a la Iglesia y hecho partícipe de su misión (cf. CCE 1213).

La Iglesia nos recuerda que «todo fiel, después de la primera comunión, está obligado a **comulgar al menos una vez al año durante el tiempo pascual**» (CIC 920). Esta comunión normalmente requiere prepararse con el sacramento de la Confesión.

En el tiempo pascual dirigimos la mirada a la Virgen María, “causa de nuestra alegría”, y cantamos la antífona: *Regina coeli laetare. Alleluia* (Reina del cielo, alégrate. ¡Aleluya!).

¡Cristo ha resucitado! ¡Aleluya!



**“Este es el día en que actuó el Señor,
sea nuestra alegría y nuestro gozo”**

(Salmo 117)